

ANOTACIONES SOBRE LA GUERRA, EN FORMA DE DIARIO (1)

Día 5 de agosto de 1914

Comienza el incendio del mundo... Y yo quiero dejar aquí, en estos papeles, la impresión que las inmensas llamas lejanas dejan en una retina que las mira remota, desde un lugar de la Mancha. Es ésta, tal vez, la última guerra terrible que sobre nuestro planeta va a alumbrar el sol.

Por desgracia, escribo desde un arrabal de Europa. La emoción de estos días en los espíritus más finos, con quienes he hablado, era justamente ésta. Juan Ramón Jiménez, el poeta de las novias blancas y los jardines que se mueren de tristeza, me decía: «Parece esto un barrio extremo de una gran ciudad en cuyas plazas centrales se ha concentrado la población para un motín o una fiesta. Nos llegan como rumores vagos de allá: las calles están solitarias y el vacío y el silencio son los únicos transeúntes».

Sin duda, que a esta extrema ausencia espiritual ha contribuido la fecha. En España es el verano una enfermedad que ha degenerado en un vicio. Hay como una tácita connivencia para, mutuamente, reconocerse el derecho a romper el trabajo y la tensión anímica. Madrid se halla exhausto de gente, y la que hay vive en una modorra, muy próxima a la idiotez. Es increíble que todavía hoy, después de estos días en que se han hecho sobre Europa los ademanes más espantosos, no dé aún España señales de vida. El español se resiste a que le interrumpán su veraneo: es la única época en que su inercia encuentra como un título jurídico para ostentarse sin hipocresías.

Como en un fuego de artificio, ha corrido en menos

(1) Este texto reproduce unas páginas manuscritas halladas entre los papeles inéditos de Ortega. Conforme comprobará el lector, responden a un proyecto en el que, al parecer, no perseveró la voluntad del autor y quedaron interrumpidas e inéditas hasta esta fecha. El título y las notas al pie proceden de los compiladores de sus obras póstumas.

de una semana el incendio por todo el mundo occidental, dando formidables brotes de explosión en Belgrado y Viena, en Berlín, en San Petersburgo, en París, en Londres, en Bruselas, tal vez, a estas horas, en La Haya y Roma. El español, inmutable. Entramos en una época de tal modo azarosa que no puede compararse su peligrosidad con circunstancia ninguna del pasado: esto que comienza como comienza es el momento inicial de un nuevo orden en todo, dentro del cual no regirán las normas hasta ahora válidas: la historia tiembla hasta sus raíces, sus flancos se desgajan convulsamente, porque va a parir una nueva realidad. No hay, pues, nada seguro: la palabra seguridad, en lo que significa material seguridad, queda provisionalmente en cesantía. No obstante, el español, inmutable.

Se trata, evidentemente, de un fenómeno particular en que se manifiesta nuestra falta de imaginación. No tenemos vigor mental suficiente para representarnos lo que no hemos visto. La imaginación es hermana del intelecto, no de la impresión. Es, como el intelecto, una potencia de anticipación. (Quiero escribir hoy o mañana un artículo titulado así: «Calma..., pero no tanta».)

Creo, sin embargo, que ayer se ha comenzado a sentir aquí el primer movimiento de esa concentración espiritual que es característico de todas las emociones profundas. Llevamos de ordinario suelto el ánimo, como un rebaño en la calma de la tarde: de pronto, una punzada honda en algún lugar del sentimiento equivale a un grito de llamada que diera el rabadán. El espíritu se reúne consigo mismo, naciendo de aquí un principio de solidificación que va a hacer luego posibles las resoluciones prontas y enérgicas, la acuidad en la atención, la alerta y el poder de resistencia. Esta es la razón de mecánica psicológica que explica el valor dietético sobre el pensamiento de las épocas en que acontecen magníficos sucesos. Lo trágico es la máxima disciplina psíquica.

De aquí, mi confianza en que del otro lado de la guerra, más allá de esa enorme, pavorosa cortina de llamaradas que ahora va a cubrirnos el horizonte, comienza una edad suculenta y fertilísima para lo esencialmente humano. Sobre el Terror, reanuda la Cabarrús el imperio de la danza y del amor.

Comienza a notarse animación en las calles: delante de los carteles de La Correspondencia de España (en el testero de la Puerta del Sol, entre la calle Mayor y la del Arenal) y del kiosko del Heraldo de Madrid (en el trozo de acera que corre de la calle de Alcalá a la de la Montera) se forman grandes agrupaciones. Recibe las noticias explosivas de la guerra el público, compuesto en su mayor parte de obreros, dentro de cuyos torpes, lentos, toscos cerebros, se producen las reacciones más barrocas. Se ven algunos extranjeros con maletas en las manos, que marchan a las estaciones.

Es curioso el poder de absorción que tiene un Estado. La orden de movilización firmada por el puño de un jefe de Estado va a desencajar del alvéolo en que está fortuitamente alojado, allá en el extremo del orbe, a un individuo hábil para guerrear. Los hoteles se quedan sin cocineros; los bancos, sin alto personal; las industrias, sin ingenieros, y en Alicante el decreto imperial ha desarticulado de una compañía de circo unos acróbatas y los ha reabsorbido en la gran masa combatiente que avanza hacia el Rhin.

Un curioso dato que recibo de un buen informador: el pajarero de la plaza de Santa Ana toca el cielo con las manos y se lamenta de su ruina. La casi totalidad de su clientela se compone de extranjeros.

Es un día ejemplar. Una brisa ligera mantiene en grata tibieza el ambiente y limpia de vapores y caligine la atmósfera. Al anochecer voy al Paseo de Rosales. El sol se sume en el Guadarrama rodeado de una calma y un silencio magníficos: la línea cortada de la sierra se desarrolla sobre el horizonte, limpia, clara, de color violeta. En ella se apoya un telón rojo, listado de largos celajes morados que bogan y flotan bajo la turquesa pura del firmamento. Sobre este fondo se me aparece la figura de Pablo Iglesias, que camina solo, con paso incierto de valetudinario. Dan los reflejos de oro y sangre una patética reverberación a su noble cabeza de apóstol europeo, que sería la más dulce del mundo si no hubiera en las alillas de su nariz una distensión de fiera cazadora. Me acerco a preguntarle por la marcha de la convalecencia y a la vez para recoger su estado de espíritu ante la convulsión continental.

Pero es inútil mi empeño: por el momento, lo que más le preocupa, lo que contribuye a su enfermedad es la sospecha, según él deslizada por el ministro de la Guerra en el Senado, de que él, Pablo Iglesias, auxilia con su fianza —como diputado— a los repatriados para que cobren, mediante alguna participación. Esto le irrita y le descompone. Según él, en el Ministerio de la Guerra está formalmente organizada entre los empleados una participación subrepticia en la reintegración de sus haberes a los repatriados.

Me produce honda extrañeza y alguna pena ver a este hombre tan preocupado de su figura moral ante el público. Siempre me ha ocurrido pensar que toma en España la virtud un carácter espectacular que hace al virtuoso atender demasiado a su virtud, no en sí misma, sino en cuanto reflejada en el alma del público.

Por fin, logro que hable algo de la guerra y opina, como yo, que será muy beneficiosa para los intereses del socialismo.

Día 8

En un ritmo acelerado crece la emoción pública. Aún no pasa ni con mucho los límites de la curiosidad, pero ésta es ya apasionada. El 6 se recibe la noticia del ataque a Lieja y su brava defensa. Nada más a propósito para conmover nuestros fondos de sensibilidad romántica. Bélgica, laboriosa, industriosa, comerciadora, rica, era en rigor un pueblo despreciable desde el punto de vista celtíbero. Alemania, fuerte, militar, indomada, igualmente. Pero Bélgica improvisando un heroico gesto guerrero y Alemania rompiéndose contra esa pasión sobrerreflexiva del patriotismo belga —he ahí un admirable contrasentido y humorada de la secreta voluntad que empuja al mundo. He ahí lo irracional arrollando lo racional; he ahí un tema a propósito para encender corazones españoles. Ya hay un débil atropellado. Desde que tengo uso de razón no he visto que España se apasione más que por los débiles.

En general, el pueblo y los intelectuales son germánofobos. Las clases conservadoras y el ejército, germa-

nófilos. Según he oído, era de tiempo atrás costumbre en nuestros militaritos despreciar el ejército francés.

El 7 un extraordinario de El Liberal relata la resistencia heroica de los hombres de Lieja. Yo veo las gildas medievales que se levantan en algarada. Recuerdo mi paso por la estación de Lieja en mi primer viaje a Alemania. Era noche cerrada: estaba en el vagón restaurante. Limpio el velo acuoso del cristal y miro: luces rojas, doloridas, prosaicas, en la bruma; altas chimeneas y una mole de humo pesando sobre todo. Dentro de mi memoria brincan entonces, y ayer volvieron a brincar, los versos de Verlaine:

Les Kobolds vont... (2).

En los carteles de los periódicos la noticia de una batalla naval en Dogger-Bank. Ni la menor noticia sobre la batalla de Nancy. A última hora, aparente confirmación de haber entrado en Lieja los alemanes.

Almagro (3) me asegura que desde el 15 de julio está enviando Francia soldados al Este.

Día 12

Desde el 8 por la tarde comienza a notarse en todas las gentes una gran desconfianza ante las noticias que se reciben, por ser todas, hasta en los más nimios detalles, favorables a Francia. Y cosa curiosa: el 10 comienzan a llegar noticias adversas. Lieja, de nuevo en poder de los alemanes; las tropas inglesas, que aún no han desembarcado en Bélgica. Ayer se comunica la evacuación de Mühlhausen por los franceses.

De todas suertes, la emoción trágica de los primeros días ha desaparecido. En estos tres días reaccionábamos como ante un suceso irreal, como ante un espectáculo.

Es verdaderamente increíble la eficacia con que puede romperse toda comunicación. Alemania ha logrado

(2) Verso del poema «Charleroi» del libro *Romances sans paroles*, cap. «Paysages Belges». La estrofa dice:

*Dans l'herbe noire.
les Kobolds vont.*

(3) Melchor Almagro San Martín (1882-1947).

aislarse en el sentido más estricto de la palabra: es hasta hoy un orbe cerrado, como un astro independiente. ¿Qué preparará este terrible instrumento, este espantable martillo de Thor?

En España—salvo el problema de los obreros sin trabajo y de los repatriados, que acaso dé motivo a algunas escenas sui generis en ciertos puntos de la península—la vida sigue hasta la fecha exactamente lo mismo. No se nota en Madrid nada, como no sea los grupos, no excesivamente numerosos, de transeúntes delante de los carteles de los periódicos y el haber un poco más población de la que en otros años corresponde a este mes. Llega a preocuparme la falta de conciencia de los españoles. Los periódicos, con sus necesidades y sus chuladas, no llevan al corazón de las gentes el estado emocional que pide este enorme hecho histórico que está en estos instantes comenzando. Hasta se hacen irónicos supuestos de que no van a pasar grandes cosas, de que todo se reducirá a unas cuantas batallas.

Y, sin embargo, la realidad es que el mundo está fuera de sus goznes y tardará mucho en volver a ellos y no volverá sin formidables convulsiones.

Pienso en las dimensiones colosales del acontecimiento y que, en cambio, la mente, al otear la ancha Europa, no es atraída por ninguna gran figura. Es la guerra mayor que ha habido y la hacen los hombres menores. Tal vez las sacudidas susciten la baraja de grandes hombres en cuyas fisonomías se orienten nuestras miradas.

Pienso—contra lo que es generalmente supuesto—que la guerra durará mucho. Más: que será un estado de guerra más que una guerra indefinidamente prolongada.

Día 14

Me dice Eduardo (4) que Bergamín (5), hablando con él, no le ha ocultado que estamos, en efecto, aliados a Francia e Inglaterra—bien que la alianza circunscriba

(4) Eduardo Ortega y Gasset (1882-1965).

(5) Francisco Bergamín (1855-1937).

las obligaciones al caso de una guerra cuyo centro de gravedad fuera el Mediterráneo. El rey quería, no obstante, ayudar a Francia con todas las fuerzas y enviar por lo pronto 200.000 hombres. Bergamín en el consejo se opuso y anunció que se retiraría, pues tal cosa es la revolución.

Día 15

Le Figaro del 9 refiere que la gran duquesa de Luxemburgo puso su carroza atravesada en un puente para impedir el paso de las tropas alemanas. Cuando éstas quisieron forzarlo, sacó su revólver. Y sólo la violencia la hizo retirarse.

JOSE ORTEGA Y GASSET